

# INTELIGENCIA Y FILOSOFÍA

marova

Este libro ha recibido una ayuda a la publicación por parte del proyecto de investigación *Filosofía de la Inteligencia*, de la Universidad CEU San Pablo (ref. USP BSCH-PI-7/09).

Manuel Oriol (ed.)

INTELIGENCIA Y FILOSOFÍA

© 2012  
Ediciones Marova  
y  
los autores

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa  
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Marova  
Ramírez de Arellano, 17-10.<sup>a</sup> - 28043 Madrid  
Tel. 91 532 26 07

# La intuición en Jacques Maritain

*Miguel Acosta*  
Universidad CEU San Pablo

La intuición es un tipo de conocimiento que consiste en captar de modo inmediato la esencia de las cosas y comprenderlas de forma directa sin llevar a cabo un proceso discursivo. Algunas filosofías rechazan este modo de conocer por ser falible, otros la enmarcan dentro de los fenómenos extrasensoriales e incluso paranormales. En este trabajo se considera la intuición en Jacques Maritain, no en su aspecto de fenómeno sobrenatural, sino como el una vía de aprehensión de la realidad adquirida por métodos ordinarios de conocimiento que nos revelan aspectos a los que no podemos llegar de otra forma<sup>1</sup>.

## *I. La intuición en la filosofía tomista*

La expresión «conocimiento intuitivo» parece haber sido introducida en la filosofía medieval a partir de la Escuela Franciscana en los últimos años del siglo XIII cuando Tomás de Aquino ya había muerto<sup>2</sup>. De cualquier manera, el sentido que tiene el conocimiento intuitivo, como un tipo de conocimiento directo e inmediato que nos revela la esencia de la cosa, sugiere el vocablo «visión» (*videre, visio*) que el Aquinate lo utiliza cuando estudia la virtud sobrenatural de la Fe<sup>3</sup>. Aunque el término «ver»

se refiere al sentido externo, también se extiende a los actos del conocimiento de otras facultades. Para unificar la terminología, utilizaré la palabra «intuición» en lugar de «visión».

Está claro que el conocimiento intuitivo se opone al conocimiento discursivo en cuanto a la forma de aprehender las esencias de las cosas. Mientras este necesita de una serie de actos separados mediante los cuales va poco a poco de lo conocido a lo desconocido, la intuición lo hace en un solo acto. Sin embargo, que sea opuesto no significa que la filosofía tomista rechace la intuición. La acepta en el conocimiento sensible en la captación inmediata por parte de los órganos externos. Además, de manera propia, el conocimiento intuitivo se atribuye a Dios y a los ángeles, intelectos puros; y de manera impropia al hombre, ya que su conocimiento está mediado por los sentidos. A este respecto dice Santo Tomás:

«[L]a perfección de las naturalezas espirituales estriba en el conocimiento de la verdad. De donde hay también ciertas sustancias espirituales superiores que sin ningún movimiento o discurso, en la primera y la más inmediata o simple acepción obtienen inmediatamente el conocimiento de la verdad, como ocurre en los ángeles, en razón de lo cual se dice que tienen un intelecto deiforme. Algunas, con todo, son inferiores y no pueden venir al conocimiento de la verdad perfecta sino a través de cierto movimiento por el cual discurren de una cosa a otra, para que de lo conocido lleguen a la noticia de lo desconocido, que es lo propio de las almas humanas: y de ahí que los mismos ángeles se llamen sustancias intelectuales, las almas, en cambio, racionales»<sup>4</sup>.

En el mismo lugar, Tomás de Aquino advierte que el ser humano no tiene dos facultades, una que sea la razón y otra el intelecto, sino que la razón misma se llama intelecto porque

participa de la simplicidad intelectual, que es principio y término en su propia operación<sup>5</sup>. Se distinguen una de otra por el ejercicio de sus actos y por los hábitos. En el estudio del intelecto es donde se puede comprender el sentido de ese conocimiento intuitivo «impropio» del hombre. Veámoslo brevemente antes de introducir la reflexión mariteniana.

La distinción entre razón e intelecto es un aspecto clave para comprender los tipos de conocimiento que tiene el hombre. «La diferencia entre intelecto y razón remite a la diferencia entre dos tipos de actos: el acto de comprender inmediatamente la verdad, y el acto de discurrir de una verdad a otra»<sup>6</sup>.

El Aquinate recuerda que la «principalidad» del acto de conocimiento requiere un punto de partida, reclama un supuesto, y dicho supuesto no es la razón sino el intelecto:

«La mente humana no podría discurrir de una cosa a otra si su discurso no comenzara por la acepción simple de alguna verdad, en la cual, precisamente, consiste el intelecto de los principios; de modo similar tampoco llegaría la razón a algo cierto si no hiciera el examen de aquello que encuentra por discurso a la luz de los principios primeros, en los que la razón resuelve, de tal manera que el intelecto encuentre el principio de la razón en cuanto vía de hallazgo, y su término en cuanto a la vía de juicio»<sup>7</sup>.

La captación de la distinción entre verdad y error por parte del intelecto no es consecuencia de un juicio discursivo referido a causas y efectos, sino por simple comparación y distinción. Hay una penetración directa del intelecto donde se integran las verdades a partir del hábito de los primeros principios. Las proposiciones de los primeros principios son inmediatas, tanto respecto de sí mismas, como respecto de nosotros<sup>8</sup>.

De este modo, podemos ver que la filosofía de Tomás de Aquino admite la posibilidad de cierta intuición en el nivel del intelecto del ser humano, nunca en el nivel de la razón. El in-

telecto funda y actúa como principio del conocimiento humano, por un lado tiene una relación connatural con las verdades primeras (primeros principios, *sindéresis*) y en segundo lugar permite la acción del intelecto agente en el proceso de la abstracción de las formas de la realidad.

## *II. La intuición en Jacques Maritain*

Según una primera aproximación a la gnoseología tomista, el intelecto humano alcanza plenamente la realidad de un objeto en el acto del juicio, quiere decir en la síntesis de una multiplicidad de conceptos. Ahora bien, el conocimiento intuitivo supone que el sujeto pensante capta y agota en un solo concepto toda la realidad de la cosa, por lo cual la intuición excluye toda pluralidad de conceptos. En consecuencia, el conocimiento humano no es intuitivo, sino especulativo y discursivo<sup>9</sup>. Sin embargo, al parecer, esta lectura parece ser un poco plana, ya que deja de lado muchas consideraciones del propio Doctor Angélico.

Antes de referirnos a Maritain, mostraré brevemente su influencia directa en Roger Verneaux, para deducir que este tema no está cerrado. En su manual de *Epistemología General*, Verneaux señala que en la tradición tomista, tanto Cayetano como Juan de Santo Tomás «han hecho prevalecer la opinión de que un conocimiento para ser intuitivo debe tener por objeto directo e inmediato un ser existente, lo que equivale a negar al hombre toda intuición que no sea la sensación»<sup>10</sup>. Al mismo tiempo, recuerda que Maritain ha defendido la idea de que la inteligencia goza en su orden de un conocimiento intuitivo intelectual, inclinándose favorablemente hacia esta interpretación. En su alegato, Verneaux aclara que el conocimiento intuitivo no se debe entender a la manera cartesiana: de una

forma clara y distinta, ya que el carácter esencial de la intuición no es la claridad —nada impide que la intuición sea oscura y confusa—, sino más bien la presencia (intencional) de un objeto a una facultad<sup>11</sup>. Por supuesto que no se niega la intuición de los sentidos, todos coinciden en esto, se trata de la intuición de índole espiritual-intelectual.

Este tipo de intuición espiritual-intelectual posee algunas características que admiten<sup>12</sup>:

a. la captación refleja de un existente: es decir la conciencia de sí mismo, del sujeto pensante, que antes de Descartes, ya lo había mencionado San Agustín y luego Santo Tomás (*in eo quod cogitat aliquid, percipit se esse*. De Veritate, qu 10 ar12 ra7);

b. la captación directa e inmediata de un objeto concreto inexistente: se trata de una intuición de orden sensible porque es concreto, pero no es intuición sensible porque el objeto no existe; es el conocimiento del objeto imaginado, por ejemplo un triángulo pensado;

c. la aplicación a la aprehensión de las esencias por parte de la inteligencia: cuando la abstracción va a parar al concepto, es decir, la etapa final del paso de fantasma al concepto donde hay una simple contemplación<sup>13</sup>;

d. su presencia en los juicios *per se nota*: que apuntan a los primeros principios o las relaciones como el todo y la parte. En «el todo es mayor que la parte» no se trata de comprender la relación «mayor que» como una nueva esencia, su objeto es la verdad del juicio entero («*sine discursu principia cognoscimus simplici intuitu*» De Veritate qu8 ar5)<sup>14</sup>.

Así pues, animado por la interpretación de Jacques Maritain, en la que este autor profundiza la función de la intuición

como tipo válido de conocimiento, Verneaux apoya una reconsideración del significado del «conocimiento intuitivo» en la línea del tomismo y la filosofía realista.

¿Por qué se le ocurrió a Maritain rescatar el valor de la intuición y su sentido más amplio? Tal vez su respeto y admiración hacia Bergson le hayan llevado a meditar sobre la intuición yendo como siempre a las fuentes del Aquinate. El estudio comparativo le llevó a concluir sus diferencias con la filosofía bergsoniana, que las pone de manifiesto en su obra *De Bergson a Santo Tomás de Aquino. Ensayos de metafísica y moral*, publicada por primera vez en Nueva York en 1944. Allí Maritain hace referencia a la intuición en la filosofía tomista. En las primeras páginas de esta obra dice:

«Hemos aquí frente a un misterio grande y temible de la vida intelectual. No hay intuición *per modum cognitionis*, no hay intuición intelectual sin conceptos y sin conceptualización. Y sin embargo, la intuición puede ser verdadera y fecunda, (es más: en cuanto es verdaderamente intuición, es infaliblemente verdadera y fecunda, y la conceptualización en la cual se expresa y en la que tiene lugar, puede ser errónea e ilusoria)»<sup>15</sup>.

La intuición propiciada por Maritain es el resultado de estar en presencia del ser. El ser se manifiesta ante el hombre con toda su riqueza y la inteligencia humana va penetrando paulatinamente en su contenido. Al principio elabora unos primeros conceptos, pero estos no agotan el conocimiento del ser. Recibimos mucha más información de la que podemos conceptualizar y por ende, necesitamos tiempo y sosiego para que nuestra inteligencia vaya «expresando» adecuadamente la esencia de las cosas. Un concepto ilumina un aspecto del ser, pero no lo abarca todo, y entonces surge otro concepto que

lo complementa. En nuestro interior vamos uniendo las verdades alcanzadas a partir de la experiencia, y muchas veces se trata de una labor insondable. Maritain dice que la inteligencia ve «por» y «en» los conceptos que vitalmente produce en su propio seno. Es una especie de ojo que se pasea por el interior y el exterior de toda experiencia, y recorre en toda su extensión las verdades que va adquiriendo. Tiene hambre de realidad y, como decía Aristóteles, va a la «caza de las esencias»<sup>16</sup>.

Ese encuentro no se detiene en lo que se presenta en la superficie de las cosas, no sólo intenta llegar a su esencia, sino también al «sentido» del ser, que es lo más profundo, e intenta obtener un discernimiento intuitivo, que es su acto mismo. Aquí no se refiere únicamente a la intuición de un filósofo, que intenta comprender, como Bergson, la «duración». Sino que se extiende también a la obra creadora de un artista o de un poeta.

Para Maritain, todo arte tiene sus raíces en la intuición poética<sup>17</sup>. El arte es una virtud de la razón práctica pero se da una paradoja: el arte, sobre todo el moderno, aspira a liberarse de la razón (lógica). Desea alejarse del lenguaje racional y penetrar en los recintos oscuros de la mente para encontrarse con lo más íntimo del ser tratado<sup>18</sup>. Y todavía se extiende más, hacia la intuición mística.

Baste con señalar la intuición filosófica y la poética para aproximarnos al concepto del tema en Maritain. Ambas son intuiciones que se derivan de nuestra connaturalidad con los seres. Ambos parten de conceptos previos pero incompletos, y advierten la presencia del ser en forma de otros preconceptos derivados de la vida preconsciente del intelecto<sup>19</sup>. Esta preconsciencia espiritual parece no tener nada que ver con el inconsciente freudiano. Se refiere a una actividad durante el proceso de abstracción de la inteligencia, que permite el nacimiento de las ideas, y por qué no, el nacimiento del arte.

«En los momentos incomparables de descubrimiento intelectual, en que, en la amplitud casi infinita de nuestras posibilidades de expansión, capturamos por vez primera una viviente realidad inteligible, sentimos ascender y enunclearse en el fondo de nosotros, el verbo espiritual que nos la hace presente; entonces sabemos bien cuál es el poder intuitivo de la inteligencia, y que ese poder se ejerce por el concepto»<sup>20</sup>.

Pero ese verbo espiritual que surge no ha estado allí a partir de un razonamiento concatenado, ordenado lógicamente, sino que se ha ido acumulando y surgiendo como término último de toda la serie de conceptos, del universo de ideas y de imágenes que habita ya en el sujeto; resultado de varios años del trabajo de conocimiento al que se ha entregado dicho sujeto desde «el primer despertar de la reflexión de nuestro espíritu». La etapa del descubrimiento requiere conocimientos y conceptos previos, de lo contrario no llegará a su fin. Esto no solamente sucede en la filosofía, también se puede observar en la ciencia. En toda etapa de descubrimiento hay una intuición que surge «de repente», a veces se lo representa gráficamente como una «bombilla encendida» de modo súbito («se me ha encendido la bombilla»). El intelecto ha cazado la esencia, los pre-conceptos se han ido acomodando y en un momento determinado surge la intuición. Aristóteles la llamaba *epagogé* (inducción), Peirce lo llamó *abducción*. Nos recuerda el grito ¡Eureka! de Arquímedes.

El tipo de intuición de índole intelectual y filosófica de la que habla Maritain opera *después* el acto inicial de conocer, cuando ha finalizado la abstracción y se han formado los conceptos e incluso cuando ya se dispone de juicios sobre las cosas. Entonces, el intelecto sigue alumbrando desde dentro y confrontando los datos en una operación que al cabo del

tiempo, como «resultado de varios años del trabajo de conocimiento», produce un fogonazo en el que el intelecto desnuda al ser y puede captar directamente alguno de sus aspectos y luego conceptualizarlo encontrándose con la verdad. Así, por ejemplo, Bergson llegó a intuir la noción de duración, Sócrates la noción de concepto, Aristóteles la noción de substancia, Tomás de Aquino la noción de *esse*, etc.

De todos modos, aunque la inteligencia desvele el ser, conceptualizarlo puede conllevar errores. Uno puede llegar a ver la luz, pero otra cosa es expresarla:

«Si hay alguna falta grave, o hay torpezas o deformaciones en esa masa; en otros términos, si el aparato doctrinal de que estamos provistos comporta errores o defectos, en ese caso, el esfuerzo espiritual por el cual la inteligencia, —por virtud de la luz activa que hay en ella—, despoja de golpe, de la experiencia y los hechos acumulados y de todos los contactos sensibles, la frescura rebosante de vida de una nueva faz de lo real, —la inteligencia toca esa faz, se apodera de ella, es a ella a la que ve, la hace surgir de las cosas, es en ella que se termina su acto de intelección, porque es a las cosas que se encamina ese acto, no se detiene en los signos ni en los enunciados, —y bien, el esfuerzo espiritual que acaba en una intuición auténtica (y por lo tanto infalible), alcanzará lo real sólo por y en los signos que, producidos y dispuestos con ayuda de un material preexistente agravado de errores y de deficiencias, lo expresarán mal y por enunciados más o menos erróneos, a veces, gravemente, irremediablemente erróneos—, y esto, mientras nuestro sistema general de conceptos no haya sido refundido, tal vez por virtud de esa misma intuición y de las quiebras que ella produce»<sup>21</sup>.

Por eso debe hacerse una tarea de purificación donde incluso esa misma intuición puede ayudar a reparar el sistema general de conceptos defectible, restituyéndolo para evitar que produzca otras quiebras. «En todo gran filósofo y en todo gran pensador hay una intuición central que en sí misma no engañó. Pero esta intuición puede conceptualizarse y, de hecho en un gran número de casos se conceptualiza en una doctrina errónea, y tal vez pernicioso»<sup>22</sup>. En Maritain la falibilidad del conocimiento intuitivo no se debe al acto intuitivo en sí, sino a todo el conjunto de conceptos que preceden la elaboración de la conclusión que surge súbitamente en la persona que ha ido investigando y reflexionando un tema determinado. La intuición es como un fogonazo que muestra cómo encajan las piezas que uno ha estado manejando, cómo se completa el puzle y se puede verlo entero de una vez. Para dar un ejemplo, partiendo de ideas comunes pero por caminos diferentes, Newton y Leibniz pudieron «ensamblar» sus desarrollos matemáticos hasta encontrar el método de las fluxiones (hoy llamado Cálculo Infinitesimal)<sup>23</sup>. En un momento dado, cada uno por su lado pudo encontrar el camino para demostrar la «intuición» que tenían con respecto al Cálculo. La idea final era la misma, pero no la forma como llegaron a ella. La idea no fue originalmente de estos científicos, sino de Eudoxo de Cnido y su discípulo Leucipo de Mileto (siglo V a.C.), quienes desarrollaron el método de las «exhaustiones», el precedente del cálculo infinitesimal. Sin embargo, todavía faltaban más conocimientos matemáticos para poder acabar adecuadamente sus ideas. Eso ocurrió recién en el siglo XVII. Es evidente que la matemática es un conocimiento discursivo y razonado, pero eso no es óbice para que los matemáticos en sus trabajos puedan tener intuiciones acerca de su objeto de estudio.

Lo más difícil es intentar escribir toda la información sintetizada en ese «fogonazo» intuitivo del que hablamos. Por

eso se recurre al arte y a la expresión simbólica. Esto se aplica especialmente cuando, más allá de la búsqueda del conocimiento objetivo, se desea encontrar el «sentido» de las cosas, o, por ejemplo, la comprensión de los sentimientos. Como dice Gadamer: «Nadie puede resolver de modo racional el tema de la primera comprensión del sentido. Siempre han precedido las experiencias prelingüísticas y, sobre todo, el intercambio de miradas y gestos, y todas las transiciones son fluidas»<sup>24</sup>. Los místicos utilizaban una palabra para aludir a esta situación: inefabilidad. La inefabilidad no sólo ocurre ante la ausencia de datos en el conocimiento, sino también ante su abundancia.

### *III. Conclusión*

De manera sucinta he querido detenerme a reflexionar sobre la capacidad cognoscitiva del ser humano con respecto a la aprehensión directa de la esencia de las cosas, es decir, a través de la intuición. Desde los comienzos de la filosofía ya se había contemplado su posibilidad, ya hablaron de él Platón y Aristóteles, y aquél incluso lo adoptó como método filosófico<sup>25</sup>. Hemos visto que también en la Escolástica se ha hecho presente, y aunque algunos comentadores de Santo Tomás no lo han desarrollado suficientemente, la intuición es considerada por Maritain bajo una perspectiva diferente y renovadora.

En el tomismo, el hombre puede conocer de forma intuitiva pero de modo impropio. Lo propio es el razonamiento discursivo, sin embargo, en algunas etapas del proceso cognoscitivo la presencia de la intuición no es irracional ni improbable, sino que adquiere las características más genuinas del conocimiento intelectual. Esto es así porque se presenta en el punto de partida, en la etapa del descubrimiento, y re-

mata la conclusión cuando se enlazan las premisas. La intuición es parte de nuestra forma de conocer, y tal vez sea lo que más nos distingue de la lógica implícita en la algoritmia de los ordenadores y sus métodos heurísticos, sean aleatorios o no.

Lo que no es propio del ser humano es que su conocimiento sea completa y exclusivamente intuitivo, ya que somos seres encarnados, no espíritus puros. Pero afirmar la presencia de lo intuitivo en el conocimiento permite explicar muchos fenómenos que se han detectado y detectan los seres humanos: ¿De dónde procede la inspiración?, ¿y el conocimiento pre-conceptual de las madres hacia sus hijos?, ¿qué hay de la extraña relación cognoscitiva de los hermanos gemelos?, entre otros.

De todos modos, el conocimiento intuitivo humano que transmite certeza al capturar la esencia de su objeto, puede ser falible al expresarlo, al intentar manifestarlo de forma discursiva. Este es el principal problema. ¿Podemos estar seguros de nuestro conocimiento intuitivo? Maritain dice que «el aparato doctrinal de que estamos provistos comporta errores o defectos», desde mi punto de vista esto significa que de manera subjetiva, en algunos casos puede haber una certeza en el conocimiento intuitivo pero que al tratar de exponerlo de manera objetiva, a modo de conocimiento científico, se pueden cometer errores. Desde luego, al hablar de intuiciones sentimentales o de percepción artística no es posible lograr una idea «clara y distinta»; pero como ya lo decía Verneaux, la intuición puede ser oscura y confusa. Con todo, aunque el vehículo de transmisión de nuestras intuiciones sea precario, es posible compartirlo en alguna medida con otras personas.

El conocimiento intuitivo no es científico, pero sí filosófico, ya que la filosofía cuenta con métodos más amplios de aproximación a la realidad, por ese motivo los límites del objeto del conocimiento filosófico son más amplios que los del conocimiento científico. Y no me refiero aquí a los límites de

profundización del conocimiento, sino a los objetos que abarca. Es decir, mientras que la filosofía puede reflexionar y desarrollar teorías sobre entes inmateriales, la ciencia no, porque su método no lo permite. Pero, justamente por las características materiales que exige el método científico y que se corresponden de manera «propia» con nuestro modo de ser material y espiritual —no sólo espiritual ni sólo material—, la fuerza asertiva del método científico sugiere mayor certeza en lo material que la fuerza asertiva del conocimiento intuitivo en lo espiritual. Por la fuerza asertiva que se deriva del conocimiento de lo material, cosa que no sucede con lo puramente espiritual —a menos que haya una intervención sobrenatural, tema que no estamos tratando aquí— Tomás de Aquino debe admitir que es propio del hombre el conocimiento racional.

Por este último motivo, es conveniente que el conocimiento intuitivo trate de buscar un método racional de exposición de esas ideas «vistas» primeramente de forma inmediata. Maritain sabe que esto no es tarea fácil, por eso dice que algunos filósofos han trabajado durante años, incluso toda la vida y con alto riesgo de equivocarse, tratando de exponer con la mayor claridad posible lo que habían captado de una vez de forma directa.

Finalmente, es conveniente señalar que el conocimiento intuitivo acaece de una forma determinada en el ser humano, Jacques Maritain ha expuesto una de esas formas y ha abierto la puerta a nuevas consideraciones con respecto al conocimiento humano. Este no se puede reducir sólo a lo racional y lógico, sino que deja entrever alternativas a aproximaciones profundamente antropológicas, como por ejemplo, los datos que nos llegan desde los afectos e incluso los datos inconscientes que muchas veces se presentan durante el proceso cognoscitivo y que eran desechados por el simple hecho de no tener «suficiente claridad ni rigor» a la hora de exponerlos. Las consideraciones que se planteen en este sentido podrían facilitar

la comprensión de numerosos fenómenos que escapan a lo meramente racional, eso dando por supuesto que no nos lleve a la irracionalidad y al absurdo.

*Nota final:*

Cuando hice la lectura de la presente Comunicación en el I Congreso Internacional de Filosofía de la Inteligencia en la Universidad CEU San Pablo de Madrid, el Prof. Dr. D. Evandro Agazzi hizo una pregunta sumamente pertinente y quedo agradecido por su intervención: si el conocimiento intuitivo era apofántico o semántico. Aprovecho la oportunidad que han dado los organizadores del Congreso para un nuevo envío de la redacción final de las Comunicaciones, y así intentaré responder modestamente a esta pregunta. Desde mi punto de vista, el conocimiento intuitivo tal como lo he estudiado en Jacques Maritain sería propiamente de tipo apofántico y no semántico. Esto, si deseamos utilizar las categorías de la lógica aristotélica. Es como una oración declarativa, susceptible de considerarla como verdadera. No se llega a ella a partir de una deducción lógica porque dejaría de ser intuición, carece de premisas y de concatenación lógica, se presenta directamente, desnuda, y hace falta llevar a cabo todo el proceso demostrativo para presentarlo con rigor científico.

De cualquier manera, también se puede hablar de un momento «semántico» de necesidad de interpretación a la hora de comunicársela a los demás. Sobre todo si dicha intuición desea ser expresada e investigada de manera racional. Por eso Maritain admite errores en el proceso de la «justificación» de la intuición. Aunque la intuición sea clara, como la luz de un faro en las tinieblas, otra cosa es la manera de llegar a ella para exponerla adecuadamente e incluso enseñársela a otros. Puede haber un naufragio en el camino. El artista puede captar la esencia de un

tema y sentirlo y conocerlo «apofánticamente», pero la exposición de esa intuición puede no ser exactamente lo que ha captado y por consiguiente deberá ser interpretado (aspecto semántico) por los demás, sobre todo si no sigue la forma lógica de exposición, sino una forma literaria, pictórica, musical, etc.

## NOTAS

<sup>1</sup> Sigo la misma conceptualización que presenta E.A. Burt. Cfr. E.A. Burt, «Intuition in Eastern and Western Philosophy», en *Philosophy East and West*, January (1953), p. 283.

<sup>2</sup> Cfr. M. D. Roland-Gosselin, «Peut-on parler d'intuition intellectuelle dans la Philosophie Thomiste?», en J. Habel (ed.), *Abhandlungen zur Systematischen Philosophie*, Band II, Der Philosophie Perennis, Regensburg 1930, p. 711.

<sup>3</sup> ST II-II qu1 ar4-5.

<sup>4</sup> De Veritate q. 15, co. Para las traducciones al español seguiré: Tomás de Aquino, *De Veritate*, 15. *Acerca de la razón superior e inferior. Introducción, traducción y notas de Ana Marta González*, Cuaderno de Anuario Filosófico N°87, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 1999, p. 33.

<sup>5</sup> Recomendamos la lectura del sugerente trabajo llevado a cabo por el Prof. Juan Cruz Cruz acerca de esta distinción en su contexto histórico. «¿[C]uál es la estructura y el despliegue del pensamiento, o sea, de la facultad de captar de modo no sensible el objeto y sus relaciones? Si retrospectivamente se miran las respuestas que en la Historia de la Filosofía se han dado a esa pregunta, sorprende observar un núcleo bipolar de términos adheridos al tema del pensamiento. Este fue comprendido entre los griegos como una relación de la *diánoia* (...) al *nous* (...); entre los latinos como una relación de la *ratio* al *intellectus*; entre los modernos, como la relación del *entendimiento* a la *razón* o, en términos alemanes, del *Verstand* a la *Vernunft*». J. Cruz Cruz, *Intelecto y razón. Las coordenadas del pensamiento clásico*, Eunsa, Pamplona 1998, pp. 13-14.

<sup>6</sup> A.M. González, *De Veritate 15. Acerca de la razón superior e inferior...*, op.cit., p. 12.

<sup>7</sup> *De Veritate*, qu15 ar1 co.

<sup>8</sup> Cfr. J. Cruz Cruz, op.cit., pp. 114-115.

<sup>9</sup> «Haec est autem differentia inter hominem et angelum, ut patet per Dionysium, 7 cap. De Div. Nom., quod angelus simplici apprehensione veritatem intuetur, homo autem quodam processu ex multis pertingit ad intuitum simplicis veritatis» Summ. theol. II-II, q. 180, a. 3.

<sup>10</sup> R. Verneaux, *Epistemología General o Crítica del Conocimiento*, Herder, Barcelona 1999, pp. 109-110.

<sup>11</sup> Cfr. *Ibidem*.

<sup>12</sup> Cfr. *Idem*, pp. 110-112.

<sup>13</sup> «*Intelligere dicit nihil aliud quam simplicem intuitum intellectus in id quod sibi est praesens intelligibile*» SN1 ds3 qu4 ar5.

<sup>14</sup> Desde este punto de vista, las consideraciones de Verneaux admiten, «con algunos retoques, las nociones de Bergson y de Husserl de la intuición. Si Bergson presenta su intuición como supraintelectual, es porque tiene una concepción falsa de la inteligencia, concepción heredada de Spencer. Siendo intuitiva la inteligencia, es esta función que se transporta al interior de las cosas, *intus legit*. Pero es incapaz, por no ser divina, de coincidir totalmente con ellas y de captar hasta el fondo su individualidad. (...) En cuanto a la intuición de las esencias según Husserl, es una noción híbrida. No puede ser la intuición sensible, porque está separada de la existencia por la 'reducción'. Es, pues, ya la intuición de lo imaginario, si se trata de fenómenos concretos que Husserl llama abusivamente esencias, ya la intuición intelectual que tiene por objeto las esencias propiamente dichas». R. Verneaux, *op.cit.*, p. 113.

<sup>15</sup> J. Maritain, *De Bergson a Santo Tomás de Aquino. Ensayos de metafísica y moral*, Club de Lectores, Buenos Aires 1983, p. 16.

<sup>16</sup> *Ibidem*.

<sup>17</sup> J. y R. Maritain, «L'Intuition Créatrice», en *Oeuvres Complètes*, Volume X, Éditions Universitaires Fribourg Suisse, Éditions Saint-Paul Paris.

<sup>18</sup> «Les Impressionnistes et les Néo-impressionnistes d'une part, Cézanne, Gauguin, Van Gogh de l'autre, sont eux aussi plus occupés que jamais des éléments du langage du peintre, de ses 'mots', —mais c'est pour découvrir un Nouveau langage pictural libéré de cette cohérence intelligible extérieure, de cette lisibilité rationnelle immédiate des aspects visibles qui était encore présente dans les dessins mêmes d'un William Blake. Poème ou tableau, l'oeuvre parle: elle ne parle plus en termes de raison logique. L'art pénètre ainsi dans les régions de l'obscurité. 'Je suis obscur comme le sentiment', dit Reverdy». *Idem*, p. 195.

<sup>19</sup> *Idem*, p. 191.

<sup>20</sup> *Idem*, pp. 16-17.

<sup>21</sup> *Idem*, p. 17.

<sup>22</sup> *Idem*, pp. 17-18. Aceptar esta afirmación puede ayudar a tener una actitud comprensiva y un gran respeto hacia los distintos filósofos y sistemas filosóficos a lo largo de la historia, ya que en ellos en alguna medida —en algunos más, en otros menos—, arde la llama de la verdad del ser. Aquí Maritain se refiere en concreto a Bergson. «(...) en el corazón de todo gran sistema filosófico —Bergson lo señaló en un texto célebre—, se tiene una visión muy simple, e inagotable, que un día colmó de certidumbre el espíritu». Pero insiste en la responsabilidad de discernir sobre esa intuición: «He aquí una certeza intuitiva por la cual, de súbito, lo real se da al espíritu; por la cual, de pronto, el uno se extasia en el otro, y, al mismo tiempo, puesto que ello no puede ocurrir sin una conceptualización extraída de nuestro fondo, he ahí un riesgo de engañarse más o menos gravemente, y de poner en peli-

gro todo un sistema bien probado, compuesto de enunciados que los sabios tienen por verdaderos», *Ibidem*.

<sup>23</sup> Cfr. S.F. Mason, *A History of the Sciences*, Macmillan Publishing Co., New York 1962, pp. 39-40.

<sup>24</sup> H.G. Gadamer, *Verdad y Método II*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2006, p. 13.

<sup>25</sup> Cfr. M. García Morente, *Lecciones preliminares de filosofía*, Encuentro, Madrid 2000, p. 32.

Fotocomposición  
Encuentro-Madrid  
Impresión y encuadernación  
Industrias Gráficas Afanias  
ISBN: 978-84-269-0467-6  
Depósito Legal: M-35153-2012  
*Printed in Spain*